

que los oficios ocupan allí el lugar preferente. La pintura florece, y la música, la ménos intelectual y la más sensual de todas las artes, es cultivada con esmero. Este arte conviene á una ciudad que por las noches, despues de un dia de continuo trabajo, va á comprar en los teatros sus placeres, como compra todo lo demas.

El choque de las ideas y de los sistemas que agita y alborota el mundo intelectual, se amortigua en aquellos muros. Una ciudad semejante cambia poco sus ideas, porque no tiene tiempo para reflexionarlas. Vive de sus tradiciones, y se transmite sus costumbres y sus opiniones hereditarias, del mismo modo que sus monedas de oro, sin reconocerlas y sin pesarlas. Esta ciudad es la de la regularidad, del hábito y del orden. Una sábia rutina de costumbres y de vida es, unida á la economía, la virtud que eleva al más alto grado de estimacion pública. Las grandes luces ofuscan, los grandes talentos inquietan allí, porque destruyen la regla, reina absoluta de las costumbres. Las capacidades superiores sufren el ostracismo de la indiferencia. Así, Lyon se ha dado á conocer con frecuencia como un gran pueblo, pero rara vez han salido de él grandes hombres.

## XIV

Se concibe que las virtudes de un pueblo semejante deben participar de su naturaleza. Posee muchas, y entre todas el trabajo, la economía y la probidad. Hasta sus virtudes son lucrativas. Es religioso, pero no hasta el fanatismo que supone el entusiasmo. Su clero es numeroso, respetado, obedecido, y ejerce un imperio absoluto sobre las familias, sobre las mujeres, en la educacion de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Varios monasterios de todas las órdenes religiosas de hombres y mujeres cubren sus colinas. Parece que Italia ha desbordado hasta allí por encima de los Alpes con sus pompas religiosas y su espíritu clerical. La imaginacion del pueblo conserva siempre una infatigable avidez de imágenes milagrosas, de estatuas animadas, de capillas privilegiadas, de peregrinaciones, de predicciones, de apariciones y de prodigios. Lyon se acuerda de haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias. Los sepulcros de sus santos y de sus mártires, sus catacumbas, sus iglesias romanas y catedral gótica de San Juan, todo recuerda la Roma de los galos. Todo atestigua en el aspecto exterior de la ciudad y en los ritos de su piadoso pueblo que el catolicismo estaba profundamente incrustado en su alma, del mismo modo que en su suelo, y que para extirparlo era necesario extirpar toda la ciudad.

## XV

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene en la apariencia dos pueblos: la ciudad comerciante, que se extiende desde las alturas de la Croix-Rousse hasta la plaza de Bellecour, y que tiene por centro la plaza de Terreaux; la de la aristocracia, de los capitalistas y comerciantes retirados ya del tráfico, por haberse enriquecido, se extiende alrededor de la plaza de Bellecour y por los cuarteles opulentos de Perrache. Allí está el trabajo, aquí el placer; allí la clase media, aquí la aristocracia. Pero á excepcion de un corto número de familias militares y feudales,

esta aristocracia bursátil difiere poco de la clase media, de donde procede. Cierto es que no trabaja ya materialmente, pero pone sus capitales y está á la mira de sus intereses en las fábricas y demas comercios de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son unos arrendatarios industriales de estos ricos prestamistas.

La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media, innumerable, rica, sin fausto, hija del pueblo, de donde está saliendo continuamente y volviendo á él sin



Batalla de Wattignies.—Pág. 183.

avergonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de la *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo, y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entónces y tal es en el dia Lyon. En el lugar inferior al que ocupa esta clase media, que puede llamarse universal, se agita una poblacion de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio lyones. Esta poblacion se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparacion de la seda.

Este pueblo de trabajadores no está acumulado, como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre, tratado como un rodaje mecánico, se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la mujer y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricacion, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religion, es mil veces ménos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes disciplinados para las demas industrias en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosion y el incendio. Este trabajo por piezas establece ademas entre la clase media y el pueblo relaciones continuas y una mutua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las más propias para unir las dos clases por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del Forez, de Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Vienne, Monbrison y Saint-Chamon son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta poblacion de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religion, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia, y conservadora como la propiedad. Toda conmocion la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

## XVI

Se comprende que una poblacion semejante es más bien republicana que monárquica, porque su constitucion social es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Extraña á las cortes, desdeñosa con la nobleza, la caída de aquellas altas capacidades del Estado era más propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para afligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Así, aunque la ciudad de Lyon fijase ménos su atencion que cualquiera otra de Francia en el movimiento y en la inteligencia de la filosofía social que preparaba la revolucion, los primeros síntomas de decadencia de la monarquía y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto sino el abatimiento de sus patricios y la restauracion de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habian sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habian conservado á traves de la Edad Media. Los Estados generales, la resurreccion de la Asamblea nacional, la humillacion de la corte, la igualdad de las órdenes del Estado, la destruccion de privilegios, la caída de la Bastilla, las doctrinas de la Asamblea constituyente, las reformas de Mirabeau, la popularidad de Lafayette y de Lameth, la creacion de la guardia nacional, y en fin, la Constitucion de 1791, todos aquellos despojos de la aristocracia y del poder real arrancados al trono, arrojados á la nacion por los girondinos el 10 de Agosto, dia en que se creyó llenar pronto y

cómodamente el vacío del trono por una constitucion de república regular y propietaria, eran cosas que no podian ménos de halagar como principios á la clase media de Lyon. La revolucion de Paris habia tenido allí mucho eco, si bien moderado por el espíritu esencialmente propietario del país.

Las primeras agitaciones de Lyon habian sido impulsadas por Roland y su esposa, que habitaba entónces en las cercanías. Roland y sus amigos habian atizado con sus escritos, sus periódicos y sus clubs el fuego oculto del jacobinismo. Este fuego, tan voraz en el resto de Francia, se encendió lenta y difícilmente en Lyon. Tan pronto como una doctrina se convertia en desórden y amenazaba al comercio, se hacia impopular; la sociedad entera de Lyon no tiene más que un signo: la moneda. Todo lo que la ataque ó todo lo que la haga desaparecer, es antisocial; este pueblo ha deificado la propiedad.

De todo esto resultó que el jacobinismo, no encontrando sus agitadores, sus oradores y moderadores entre la clase media comercial ó del pueblo honrado y laborioso, se vió forzado á buscarlos en la hez de la poblacion flotante de esta populosa ciudad, en los extranjeros vagabundos, en los hombres de costumbres depravadas y llenos de deudas, que nada tenian que perder en el incendio, y que podian hallarlo todo en los escombros. Aquella constitucion de los clubs del jacobinismo en Lyon hacia que sus miembros fuesen muy mal mirados, razon por la cual aquellos hombres perdidos eran más sediciosos y más exagerados que en otras partes. Allí todo era extremado. A imitacion de Burdeos, de Marsella y de Toulon, Lyon habia adoptado apasionadamente las doctrinas y héchose partidaria de los hombres de la Gironda. Robespierre, Danton y la Montaña causaban horror á la mayoría de sus habitantes. El rico veia en este partido de la Convencion los expropiadores de su fortuna, y el pobre unos perseguidores de su religion. El comercio decaia, el lujo se extinguia, y no se fabricaban más que armas. El dia en que la república suprimiese sus bancos, sus mercados, sus fábricas, sus oficios y sus sacerdotes, Lyon dejaria de reconocerla. La ciudad empezaba á confundir sus quejas con las de los realistas que de todas las provincias inmediatas iban á buscar un asilo en sus muros. Estas disposiciones irritaban é inflamaban más los ánimos de los miembros de los clubs, que aunque amenazadores, se veian obligados á contenerse en una poblacion cuya inmensa mayoría no les era favorable.

## XVII

Habia por entónces en aquella ciudad un hombre estrambótico y de la peor clase que puede darse en tiempo de agitacion: un fanático de lo imposible. Este era uno de aquellos hombres insensatos que reunen en su cabeza, no la pasion, pero sí la demencia de la multitud; uno de esos profetas del pueblo á quienes éste tiene por inspirados porque son locos, á los cuales escucha cual si fuesen oráculos, porque le predicen unos destinos colosales y unos triunfos tan desmedidos, que nunca han estado al alcance del espíritu humano. A favor de esta pasion del hombre hácia lo imposible, y en vista de esas halagüeñas perspectivas que á los primeros que seducen es á los mismos que las presentan, los hombres de esta clase arrastran al pueblo á un abismo á traves de cien falsas ilusiones y de lagos de sangre. El hombre que nos ocupa se llamaba Chalier.

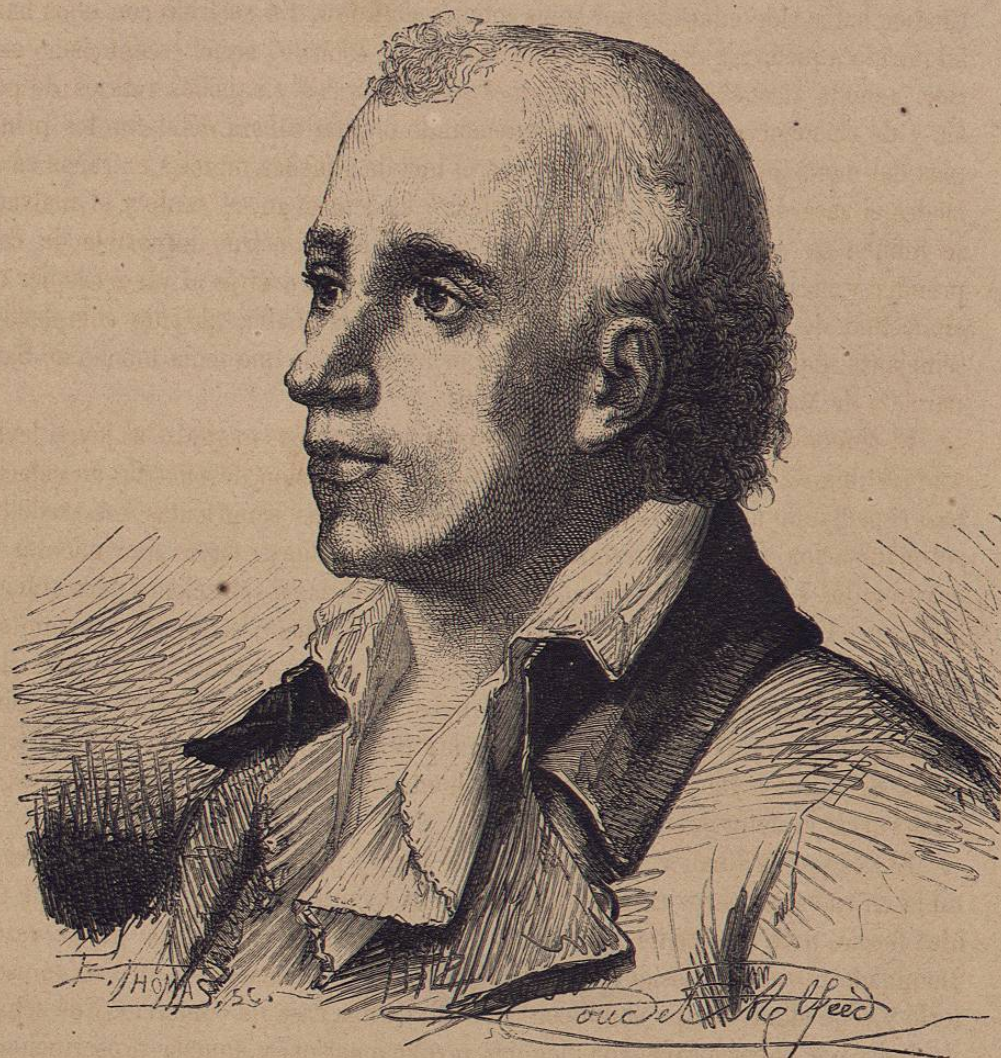
Del mismo modo que Marat, este hombre había venido del extranjero atraído por la revolución. Era natural del Piamonte ó de Saboya, y de una familia oscura, pero bastante acomodada para darle educación y carrera. Destinado al estado eclesiástico, escala que apoyada en el pueblo llegaba hasta la cúspide de la sociedad, Chalier había sido educado por unos monjes de Lyon. En su trato con ellos había adquirido aquella rigidez, aquel recogimiento de espíritu, aquel escepticismo exterior, aquella afectación de inspiraciones sobrenaturales y aquellos retazos de poesía y de elocuencia sagrada que, fermentando en una cabeza débil con los principios del momento, habían producido en él una de aquellas mezclas extrañas en las cuales el sacerdote y el tribuno, el profeta y el demagogo, el santo y el malvado, se reúnen en un solo hombre para engendrar un monstruo imposible de comprender y más difícil aún de definir. Con razón podía decirse al ver á Chalier que el destino de Lyon, tan semejante al de Florencia, había querido completar la semejanza, dando á esta ciudad un agitador inexplicable que tenía mucho de Savonarola y de Marat.

El rumor de la revolución que penetraba en su claustro agitaba al joven levita, y le distraía de sus estudios. Soñaba en una regeneración después de un cataclismo, espantando á sus condiscípulos con las fantasmas sangrientas que asediaban su imaginación y le hacían escribir entonces aquellas líneas cuyos movimientos interrumpidos é incoherentes remedan los sobresaltos, las inspiraciones y los oráculos bíblicos: «Las cabezas son reducidas, las almas de hielo; el género humano está muerto. ¡Genio creador, haz salir una nueva luz y una nueva vida de este caos! Yo quiero los grandes proyectos, los vértigos, la audacia, los choques y las revoluciones. El gran Sér ha hecho cosas muy grandes, pero está demasiado tranquilo. Si yo fuese Dios, yo mudaría las montañas, las estrellas y los imperios; yo trastornaría la naturaleza para renovarla».

El destino de Chalier, abortado para el bien y para el mal, estaba todo reasumido en estos primeros rasgos de su alma. La locura no es sino el aborto de una idea fuerte, pero impotente, porque no ha sido concebida y dirigida por la razón. Dominado por esta obsesión, Chalier dejó la carrera eclesiástica, entró en un escritorio y viajó algún tiempo como comisionado de una casa de comercio. Fué echado de Italia por haber propagado dogmas revolucionarios, y aquella proscripción le dió á conocer é hizo que le adoptasen Robespierre, Marat, Camilo Desmoulins y Fauchet. Bajo estos auspicios fué á Lyon á fundar el club central, foco ardiente que alimentaba con su aliento y que agitaba noche y día con su palabra. Sus discursos, á un mismo tiempo bufones y místicos, chocaban al pueblo. Nada era razonado, todo era lírico en su elocuencia. Su ideal era evidentemente el papel de aquellos falsos profetas de Israel, servidores de Jehová y degolladores de hombres.

## XVIII

El misterio que envolvía su vida, su pobreza, su incorruptibilidad, su adhesión á la causa popular, su asiduidad en las sesiones públicas del club central, le habían dado un inmenso ascendiente sobre los jacobinos de Lyon. Había sido nombrado por los electores presidente del tribunal civil. Su mano se veía ó se creía ver en todos los desórdenes y en todos los crímenes. Aquellos desórdenes y



CHALIER.



aquellos crímenes habian sido tanto más atroces, cuanto que en Lyon, el partido de Chalier, reconociéndose más débil y más expuesto, se veia forzado á infundir terror para ser obedecido. Entre Paris y Lyon habia una gran emulacion por derramar sangre.

Al siguiente dia de los asesinatos de Setiembre, un corto número de asesinos, acompañado de una turba de muchachos y de mujerzuelas, se dirigió al castillo de Pierre-Cise. Allí degollaron once oficiales del regimiento Real de Polonia, presos el dia anterior como sospechosos de realismo. En vano una jóven tan valiente como hermosa, la señorita de Bellecice, hija del gobernador del fuerte, se precipitó entre el pueblo y las víctimas, hiriéndose ella misma por apartar los sables y las picas de los cuerpos de los presos; en vano el corregidor de Lyon, Vitet, hombre de ardientes principios, pero de conciencia y de un corazon humano, habia acudido con algunos granaderos adictos y habia empleado para libertar á los presos, ora las súplicas, ora las amenazas: los umbrales de todas las cárceles de Lyon habian quedado sembrados de cadáveres, que colgados al dia siguiente en las ramas de los árboles y en el paseo público de Bellecour, habian sido encadenados unos á otros, formando con sus miembros una especie de horrosas guirnaldas que debian infundir el espanto en los barrios de los aristócratas. Al mismo tiempo los comisarios del club de los Franciscanos de Paris, entre los cuales se distinguia Huguenin, el orador del 20 de Junio, habian ido allí para animar la tibieza del club central de Lyon. El populacho habia robado los almacenes y regularizado la expoliacion, nombrando comisionados para el pillaje. La municipalidad, dividida en dos partidos casi iguales, y cuyas resoluciones daban simultáneamente fuerza al orden y ánimo al desorden, se habia convertido en juguete del club central, en donde reinaba Chalier. Este, Laussel su cómplice, clérigo incestuoso que se habia casado con su propia hermana; Roullot, miembro de la municipalidad, y en fin, Cusset, electo diputado de la Convencion, predicaban públicamente los dogmas de la ley agraria y del vandalismo. «Ha llegado el tiempo—decian—en que debe cumplirse esta profecía: Los ricos serán despojados y los pobres enriquecidos.» «Si al pueblo le falta su subsistencia,—proclamaba Tarpan,—que se aproveche del derecho que le da su miseria para apoderarse de los bienes de los ricos.» «¿Que-reis—escribia Cusset—una palabra que pague todo lo que os hace falta en Lyon? *Morid ó matad.*»

## XIX

Para dar á estas excitaciones la autoridad del terror, aquellos hombres habian hecho traer una guillotina de Paris, estableciéndola en la plaza de Bellecour para que el instrumento recordase el suplicio. Los girondinos, para moderar este delirio, habian vuelto á mandar á su colega y amigo Vitet á Lyon. Vitet se presentó al club central y le arengó con la varonil severidad de un ciudadano que trata de convencer á los facciosos ántes de herirlos. El club le habia cubierto de desprecios y de ultrajes. «Ha llegado el dia de la venganza,—exclamó Chalier;—quinientas cabezas hay entre nosotros que merecen la misma suerte que el tirano. Yo os daré la lista, y no tendreis más que herir.» Entónces propuso el establecimiento de un tribunal revolucionario, y despues, tomando un crucifijo, exclamó: «No es sufi-